HOMO HOMINI LUPUS

Debo confesarlo: durante el tiempo de mi remota adolescencia incurrí en la ingenuidad, quizá plausible a esa edad, de creer factible un orden social donde la felicidad humana estuviera cumplida y garantizada. Esa pasajera ilusión de mis pocos años tuvo sin duda pábulo en el pensamiento utópico y en los restos de fe progresista que por entonces eran todavía operantes. Las ulteriores experiencias de mi vida disiparían pronto esa agradable quimera dando lugar en mí a meditaciones menos superficiales —y también menos confortadoras— acerca de la condición del hombre sumido en la historia.

Atrocidades indecibles hemos debido sufrir los de mi generación. Y tras los horrores padecidos en el decenio de 1936 a 1946, terminada la Segunda Guerra Mundial y gracias al desarrollo fabuloso de la tecnología, también nos fue dado presenciar, aunque circunscrita a los países del Occidente, una prosperidad económica para la que no había precedentes en el mundo. Por vez primera se producía ahora el fenómeno de que el bienestar, que siempre había estado reducido a pequeños grupos cuyo privilegio se ejercía a expensas de la multitud, recayera sobre ésta. La gran masa de la población —y una población que crecía sin mesura— empezó a disfrutar en esta región del planeta de un acervo de bienes superior a los concedidos otrora a los grandes señores; pues ¿cómo comparar las comodidades y placeres que hoy día se encuentran al alcance de cualquiera con los reservados ayer no más a las minorías ricas? No ya el nivel de vida material, sino también los frutos de la cultura superior y el tiempo libre para gozar de ellos se habían puesto al alcance del hombre común y se le brindaban a pedir de boca; más aún, se le metían por los ojos. El sistema apuntaba hacia un crecimiento continuo, y la propaganda comercial es la palanca que mueve a la sociedad de consumo.

Estas condiciones parecerían ser las más propicias para reavivar aquella ilusión utópica de una felicidad general, siquiera sean en cuanto al orden de las relaciones sociales y limitada por lo pronto al campo de la civilización occidental. En todo caso, podía esperarse que bajo circunstancias tales, difundida la fácil, instantánea satisfacción de ne-

cesidades y apetencias, viniera a prevalecer una tónica apacible entre las gentes. Sin embargo, cuando —como queda dicho— tras de tantos milenios de escasez la multitud se siente nadar en la abundancia, surgen del seno de ella lamentaciones increíbles y voces de protesta contra... la sociedad de consumo.

No descartemos esas manifestaciones como mera exhibición de esnobismo. Cierto es que lamentaciones y protestas no salen de la masa de la población, sino más bien de personas y grupos caracterizados por una inclinación intelectualista y en su mayor parte procedentes de los antiguos privilegiados cuyos vástagos hallan quizá una distinción última, un lujo refinado en el despliegue de una rebeldía gratuita. Pero, tomado en su conjunto, debe de haber en ello bastante más que irresponsable frivolidad; pues no consiste tan sólo en los meros alardes verbales de señoritos con pretensiones de ideólogo, ni en las canciones de protesta que tanta popularidad y dinero concitan. Más allá de estas manifestaciones inofensivas y como prolongación suya vemos desencadenarse en el terreno de la práctica rebeliones sin causa, dirección ni propósito, insensatos atentados terroristas, secuestros despiadados, en fin toda la serie de violencias que están agitando y sobrecogiendo al mundo del increíble bienestar común. Y si no existe explicación suficiente para acciones tales (que, en efecto, sumen en la perplejidad a quienes, consternados, las observan), menester será buscar sus raíces en el fondo de la naturaleza humana según se encuentra condicionada por las circunstancias de la sociedad actual.

El precedente inmediato de la actitud radical que ahora se revela podría ser el anarquismo del siglo pasado; precedente remoto, el cristianismo primitivo, cuando el imperio romano había caído en un estado de anomia comparable al que hoy padecemos nosotros. En aquel tiempo, fue mucha la gente que, volviéndole la espalda al mundo, se retiró de la sociedad, no sólo como eremitas en el desierto sino de otras varias maneras. Ciertos movimientos actuales, como el de los beatniks, *o el experimento de las comunas, o algunas formas de sicoterapia colectiva, presentan una impresionante semejanza con lo que sabemos de los primitivos cristianos, a quienes se acusó mucho de incurrir en demenciales extravagancias, entregarse a francachelas sexuales y cometer crímenes odiosos por el estilo de los que, de vez en cuando, llenan las páginas de nuestros periódicos. No obstante, esos desbordamientos y desviaciones que podemos estimar marginales, el cristianismo primitivo significó en suma un rechazo manso y pacífico del mundo, una abnegación y autosacrificio y la renuncia a esta vida terrenal, vista como una pesadumbre transitoria en espera del paraíso en una vida ultraterrena.*

En nuestra actualidad no faltan tampoco ejemplos abundantes de esa renunciación: son los hijos de millonarios que abandonan su casa y sus bienes, o queman su herencia, o huyen de la civilización para sufrir, en el Cuerpo de la Paz inventado por Kennedy, el desengaño de una experiencia devastadora en países que un eufemismo burocrático denomina subdesarrollados, o como el hijo de Nelson Rockefeller, para ser devorado por los antropófagos, si bien la mayoría de quienes entran en el juego de la anticultura y hacen voto de pobreza, de melenas y de mugre llevan a cabo su aventura con el respaldo del cheque mensual que papá les gira, o a base de otros fondos extraídos por diversos procedimientos al detestado establishment.

Pero no siempre la protesta contra esta sociedad «sin valores» se reduce al lujo de esa aventura romántica que la holgura económica de su desarrollo industrial permite. A veces, como en el caso tan divulgado de Patricia Hearst, la hija del millonario se incorpora activamente a las bandas de forajidos que le ofrecen la excitación de sentirse héroe tomando parte en sus fechorías. Y aquí tropezamos ya con el modelo de la acción directa, con el terrorismo que se propone destruir la estructura social entera, y cuyo precedente próximo sería el anarquismo decimonónico. Igual que en el caso de los típicos anarquistas de entonces, se da en estos nuevos terroristas una mentalidad simplista más o menos desquiciada, con fanatismo llevado hasta el punto de desesperación.

Pero los anarquistas del pasado inspiraban sus acciones en una construcción utópica que les hacía divisar como fin último de su lucha la instauración de un orden social libre de todo ejercicio de poder, mientras que los terroristas del presente no proponen alternativas concretas, siquiera sea ilusorias, a la realidad que pretenden hacer saltar. En cuanto a su relación con el contexto histórico, los anarquistas del siglo XIX reaccionaban de hecho contra un Estado autocrático o, en todo caso, bastante autoritario, cuyos resortes de poder eran formidables, mientras que los terroristas de hoy atacan a una sociedad ultrademocrática, demasiado laxa y sumamente vulnerable, y la atacan con los instrumentos de una tecnología que presta eficacia terrible a sus actos.

Así, pues, ni los hippies *actuales pueden identificarse con los cristianos primitivos que aspiraban a la gloria eterna, ni los terroristas actuales con los soñadores anarquistas que proyectaban una humanidad de asociaciones fraternas. Por lo tanto, una vez tenidos en cuenta esos posibles precedentes, hará falta que examinemos la realidad de nuestra situación presente en sus propios términos, procurando desentrañar lo que tiene de único.*

A primera vista, y según ya quedó indicado, lo que de único tiene nuestra situación presente es el haber sido superada para el mundo occidental la miseria que por milenios había mantenido sujetas a las grandes masas dentro de la escasez y en la esclavitud del trabajo. La moderna tecnología no sólo ha hecho éste muy soportable en cuanto a duración y esfuerzo, sino que ha elevado y extendido el disfrute de las comodidades materiales y de toda clase de placeres en medida antes no imaginable. Con ello quedan eliminadas, sí, las más atroces injusticias sociales, pero al mismo tiempo desaparece también el estímulo para empeñarse en la promoción de causas nobles y para consagrar las propias energías a propugnar la remoción de los padecimientos derivados de la desigualdad social, y sobre los cuales estaba montado el indignante privilegio. En comparación con los dramáticos contrastes del pretérito resultan cómicos los agravios que hoy suelen vocearse contra la sociedad de consumo acusándola, en resumidas cuentas, de dar lugar a que la gente se aburra.

La acusación no carece de verdad. Si la participación plena de las multitudes en los bienes de una economía que reposa sobre la venta de mercaderías producidas en masa ha quitado en efecto la raíz moral, el brillo heroico y el ímpetu emocional a los movimientos revolucionarios, por otra parte la apretada concentración industrial a que esa misma economía de base tecnológica obliga ha tenido el resultado de hacer fútil y aun impracticable aquella iniciativa del particular que en su momento originara el crecimiento de la burguesía y el despliegue del capitalismo. Se ha desvanecido cualquier perspectiva normal de levantar, mediante las virtudes burguesas de moderación, laboriosidad y ahorro, una empresa propia que, siendo creación personal y familiar, preste sentido a la existencia en un plano de modesta dignidad. La acumulación ahorrativa se ha convertido en un autoengaño y los pequeños negocios en una autoexplotación. Vivimos en una sociedad de asalariados dentro de la gigantesca red de las grandes empresas, públicas o semipúblicas, sin que las diferencias de salario impliquen diferencias sustanciales en el tono de vida. ¿De qué modo empleará su imaginación, cómo usará sus energías creadoras el hombre medio, si apenas puede ponerlas a contribución para establecerse en una actividad lucrativa independiente, ni tampoco puede razonablemente interesarse en el régimen de una sociedad cuyos mecanismos se han hecho demasiado complejos y delicados y requieren la competencia de especialistas —de técnicos— que ni siquiera son siempre capaces, con toda su competencia, de mantenerla en funcionamiento, según lo evidencia la crisis por la que atravesamos en estos días? No es casualidad que el problema más significativo planteado en la nueva

sociología sea el de llenar el tiempo libre a disposición de las masas, el de procurarles entretenimientos adecuados.

Sin embargo, la condición humana no se contenta con el simple suministro de pan y circo. Ambas cosas están dadas con abundancia dentro de nuestra sociedad, donde, aparte de mirar la televisión e interesarse en los deportes, una de las diversiones más habituales consiste en gastar el dinero adquiriendo mercaderías de uso y consumo. Pero esto no basta; esto no da sentido a la vida humana; esto hace nacer en el fondo de las almas el sentimiento de soledad, de abandono, de futilidad que, imprecisamente, suele designarse como alienación. Y de ahí viene el malestar y la desorientación perceptibles en medio de tanta prosperidad. Es bien posible que este malestar y esta desorientación no afecten a la mayoría de las gentes, o no le afecten demasiado; pero no hay duda de que operan —dejando aparte los individuos de especial sensibilidad— sobre amplios sectores de la población, y de un modo específico, el sector adolescente, donde las tendencias perturbadoras que culminan en un espantoso aumento de la criminalidad juvenil han llegado a ser espectaculares y de veras aterradoras. Bien se sabe: este ominoso fenómeno, más o menos acentuado, pero presente por doquier, es resultado directo de la desintegración social dentro de una economía de la abundancia. Nadie aceptaría a la fecha la idea de sujetar los niños a la explotación del trabajo como lo estuvieron hasta entrado el siglo actual entre nosotros y siguen estándolo en las economías pobres: se entiende que el lugar apropiado para las generaciones nuevas son los establecimientos del sistema educativo. Pero —dejando aparte la cuestión acerca de si todos los seres humanos poseen la capacidad necesaria para responder a las exigencias de los grados medio y superior de enseñanza— debemos enfrentar el hecho de que los principios pedagógicos vigentes, derivados de la filosofía del siglo XVIII, han conducido a la abdicación de toda autoridad docente, y así la escuela ha dejado de ofrecer a sus alumnos criterios firmes que de algún modo la hagan respetable. Más de una vez se ha señalado, y es cosa obvia, que las devastadoras pandillas juveniles tienen para los muchachos el atractivo máximo de encuadrarlos, aunque sea perversamente, en aquel orden estricto, en aquella jerarquía y disciplina que las instituciones normales de la sociedad les niegan. Dentro de su brutal organización, las gangs *o pandillas les dan la oportunidad de hacerse valer y «realizarse» mediante el desempeño coercitivo de arriesgadas tareas antisociales.*

¿Y no es esto mismo lo que encuentran en su actividad subversiva los desequilibrados adultos que hoy tienen en vilo con sus atentados terroristas a la bienhallada sociedad de consumo? Sin duda, son sólo

unos pocos, numéricamente insignificantes, quienes dentro de ella pasan del vago malestar y las suaves o aparatosas protestas verbales a la acción violenta; y sin duda esos pocos pertenecen a la categoría marginal de los sicópatas. Muchas de las personas que se sienten a disgusto en el ambiente demasiado plácido y alicorto de una sociedad entregada al disfrute material se las arreglan y ponen en juego sus diversas capacidades para edificarse mundos privados donde vivir —una forma quizá creativa de enajenación—, haciendo un compromiso que a la postre puede ser muy positivo entre su espíritu de protesta y la realidad que nos ha sido dada y con la cual hemos de contar todos; pero hay siempre la franja de los exaltados que, incapaces de ajustarse a compromiso alguno, adoptan la actitud desesperada de Sansón ciego, y se sacrifican por derribar las columnas del templo filisteo. Son el tipo de sicópatas de donde, en una sociedad movida por intenso dinamismo histórico, salen a veces los famosos capitanes, tanto como los criminales famosos. En una sociedad, por lo contrario, estancada o muy remansada, no les queda sino esta última salida: el crimen. Me parece que la más perspicaz proyección literaria de esta situación puede hallarse, mejor que en el Raskolnikof de Dostoievsky en Crimen y castigo, *en el Julien Sorel de Stendhal en* Rojo y negro. *Sólo que ni la Rusia zarista ni la Francia de la Restauración eran estructuras político-sociales tan vulnerables como la democracia social que en la práctica ha llegado a ser este Occidente nuestro denominado capitalista, y por eso los terroristas de hoy, aun sin proponer ideologías ni programas de futuro, alcanzan a desafiarlo de manera efectiva e incluso a proyectar una imagen de sí mismos con ciertos visos de validez política. A ello contribuye una circunstancia digna de atención; y es que, en las márgenes de este Occidente desarrollado por la tecnología y bajo su influencia, se agitan los países del Tercer Mundo, donde grupos de «desesperados» han apelado a tácticas semejantes para promover causas muy justas y luchar contra agravios muy considerables. La curiosa colaboración entre terroristas palestinos y terroristas de la República Federal alemana ilustra bien este aspecto de la cuestión. Mientras aquéllos invocan motivos muy razonables para su actividad, éstos aparecen movidos en la suya por pura insensatez. Probablemente unos y otros están ligados entre sí por una profunda afinidad interna, y sólo difieren las respectivas situaciones; en el fondo son lo mismo. Y otro tanto puede mostrarse en la experiencia española de los años recientes. Mientras la presión intolerable del régimen franquista hacía que mucha gente contemplara con respeto, quizá con admiración y simpatía, y en todo caso justificara o al menos disculpara como «hechos de guerra» los atentados que venían sucediéndose*

«contra el régimen», ahora cunde el desconcierto, la alarma, la indignación al comprobar que, una vez desaparecida la opresión dictatorial y restablecidas en el país unas condiciones políticas aceptables y generalmente aceptadas (como el resultado de unas elecciones libres vino a atestiguar), continúan produciéndose actos de terror para los que no puede alegarse ya una mínima sombra de razón. Ahí, como en todas partes, esos actos son la obra de individuos desorbitados y fanáticos cuya peligrosidad está elevada al cubo por los instrumentos de destrucción que la moderna tecnología pone al alcance de su mano.

En verdad, actos tales corresponden no a un propósito claramente establecido en la mente de sus autores, sino a impulsos de raíz emotiva cuya meta está en la misma acción y no en el propósito supuesto. No se trata de medios, más o menos adecuados, para un fin, sino, cuando más, de fines inventados o perentoriamente asumidos para que sirvan de cobertura al recurso violento. Estos fines podrán ser tan primarios, tan elementales, como el de derribar las columnas del templo, el de hacer saltar los pilares de la sociedad entera. No importa: su función es nimia. Ni siquiera necesita el terrorista expresar propósito concreto alguno, ¿para qué? En definitiva, ello sería tan vano como, por el otro lado, es vano el intento —que nunca falta quien postule— de «dialogar» con él, o de inquirir la razón de su conducta. ¿De qué manera podría dar cuenta de la suya el gamberro que vandaliza por el mero placer de destruir o se divierte ejerciendo la crueldad sobre animales y personas inermes; el incendiario; el asesino cuyo único objetivo es descargar su sadismo? Todas las conductas de este género que tan desmesuradamente han crecido en nuestra sociedad arrancan de una raíz común: de los impulsos biológicos de agresividad que, en grado diverso según edades y personalidad síquica, mueven al ser humano. Y si brotan de una raíz común que es permanente en la humana naturaleza, la cuestión estaría en averiguar por qué han crecido tan desmesuradamente en esta sociedad nuestra. Sólo de ella podremos obtener respuesta.

Nuestra sociedad repite en todas sus estructuras el modelo del sistema escolar caracterizado antes en esquema. Si el niño o el adolescente no se ve forzado a debatirse y afirmar su individualidad afrontando la presión de un aparato docente firme, tampoco la familia le presenta aquellas resistencias formativas del carácter —dolorosamente formativas, desde luego— que dan un sentido dialéctico al conflicto entre las generaciones, ni más tarde, en la edad adulta, la necesidad de conservar un puesto de trabajo difícilmente sustituible (pues ahí, a la vuelta de la esquina, le están esperando otros, y siempre le quedará el recurso del seguro social), tampoco tal necesidad

presta ya, como antaño, estímulo suficiente a la aplicación competitiva. Incluso los ejércitos han relajado hasta lo increíble las normas de esa disciplina que les es inherente e indispensable. Se trata de una sociedad democráticamente constituida dentro de una próspera economía de mercado; una sociedad laxa, y sumamente permisiva, donde a nadie se le reconoce la autoridad ni el poder para imponerse sobre el prójimo, donde aun los comportamientos más destructivos, los actos más feroces, hallan lenidad o la impunidad completa. Fundada en el consenso, sus instituciones proporcionan escasas oportunidades para canalizar los impulsos agresivos dirigiéndolos hacia su transformación operacionalmente útil. Al no ser recogidos, absorbidos y socializados en los engranajes legítimos de la maquinaria colectiva, es claro que esos impulsos innatos quedan vacantes, sin un empleo aceptable y satisfactorio para la comunidad y para el sujeto mismo, y entonces, procurando desahogarse, buscarán salida por las vías antisociales de eso que en un sentido amplio cabe denominar la «anticultura».

Esta «anticultura» tiende por su parte —es inevitable que así sea— a constituir instituciones propias que, cual espejos deformantes, devuelven de un modo grotesco los rasgos de la misma sociedad contra la que pretende reaccionar: a veces, exagerándolos al máximo, como en la experiencia libertaria de las comunas, pronto desintegradas por el hastío de la promiscuidad sexual o las disputas sobre el aseo de la casa; a veces, invirtiéndolos y yéndose al extremo opuesto, como en la terrible sumisión que las pandillas juveniles y las bandas criminales imponen a sus miembros. Y la sociedad entera se mira, con horror y fascinación, en ese espejo. Las fechorías de los elementos marginales brindan un espectáculo más —y espectáculo capaz de suscitar estremecimientos— a la gran masa de la población, obteniendo con ello la aureola que tanto ansían sus autores. Pues, sin duda, el éxito de esas fechorías culmina al alcanzar la publicidad. Quienes las cometen están movidos con toda evidencia por ese anhelo de notoriedad que suele designarse como «erostratismo» (del nombre de quien quemó el templo de Diana para hacerse famoso, el pastor Erástrato); y desde luego consiguen verlo cumplido con sus empresas descabelladas, pues, en efecto, las páginas de los periódicos y la pantalla de televisión se dilatan, complacidas, en el relato de sus infames hazañas, exhiben generosamente sus retratos, detallan sus biografías y traen así su figura al centro de la atención pública durante un cierto lapso, hasta que algún otro acontecimiento sensacional venga a desplazar el suceso del día. Durante ese lapso, adquieren relieve «heroico» y así, por tan desviado camino, se integran al fin en la gran sociedad a la que detestan, combaten y quisieran destruir.

En conclusión, y como resultado de este somero análisis, sería absurdo pretender un restablecimiento de las condiciones sociales del pasado. Absurdo, por indeseable, y absurdo por imposible, ya que, aun cuando alguien lo intentara —y tales intentos se han producido alguna vez—, el proceso histórico no revierte. Pero, por otra parte, tampoco sería razonable pensar que la situación, en lo que tiene de negativa, carece de remedio. Antes aludí a la preocupación de la sociología actual con el problema del ocio de las masas. Quizá los planteamientos que se hacen de ese problema sean demasiado estrechos; quizá las soluciones posibles no consientan ser diseñadas de arriba abajo en un programa general de reforma. Y, sobre todo, las medidas drásticas que acaso resultaran eficaces serían inaplicables en una sociedad abierta y democrática, pues requerirían implantación dictatorial cargada de violencia; y, por lo demás, remedios tales acaso sean peores a la postre que la enfermedad combatida. En todo caso, parece que no bastaría con procurarle a las gentes nuevos entretenimientos de calidad superior, o más refinados, u opciones diversas para el empleo de su tiempo libre. Aparte de que no faltan espectáculos de todas clases en la sociedad de consumo, los espectáculos revisten por su propia índole la gratuidad del juego, y lo que se necesita es, en cambio, algo que apele seriamente al ser humano con la fuerza del compromiso vital, algo que proponga tareas positivas, invitando a la participación activa, responsable y creadora mediante alicientes aptos para despertar la imaginación.

Nueva York, octubre de 1977.

FRANCISCO AYALA